

Cosas de la semana política

Aunque no es propio de un semanario como el nuestro dedicar sus editoriales a temas políticos—harto se ocupan de ello los diarios—, sin embargo, ante el discurso de Largo Caballero y la pobre réplica que ha dado de él la Prensa comunizante—que no merecen otro apellidado—, vamos a decir muy pocas palabras de lo que entendemos los campesinos, que hemos hecho la revolución en el campo, con la enemiga comunista, sobre el discurso del compañero secretario de la Ejecutiva Nacional de la U. G. T.

El discurso de Caballero, a estas horas, ha sido leído con interés por todo antifascista revolucionario—tengan en cuenta el calificativo los comunistas—; por eso nosotros no le vamos a comentar. Nos interesan más las especies capciosas lanzadas contra Caballero por los que no tienen ni la menor noción de la decencia política. Hacemos mención de la Prensa comunista, tan aficionada a virajes oportunistas cuando les llevan alguna ganancia de partido.

Declaran en su número del lunes: «Cada día es más firme la voluntad de unidad», y presentan como prueba no sé qué resoluciones de un acto organizado por la Sociedad de albañiles.

¿Cómo recuerdan las determinaciones, que no discutimos, de una Sociedad, que bien podía ser de pompas fúnebres, cuando está tan cerca su enemiga contra los acuerdos del pacto de las únicas Agrupaciones obreras de nuestro país? La U. G. T. y la C. N. T. firmaron no ha mucho un pacto que queremos titular de no agresión, y el Partido Comunista dedicó las columnas de «Mundo Obrero» a combatirlo con toda su saña.

Los campesinos de Castilla sabemos, a través de las disposiciones del ministro de Agricultura, comunista, el cariño que tienen a la revolución que queremos y hacemos en nuestras Colectividades. No nos sirven sus palabras de amistad, después de un reconocimiento tácito de su derrota en el campo político tanto nacional como internacional.

¡Sí, es verdad. Hace poco escuchamos palabras afectuosas de un jefe del Ejército Popular; pero no tenemos más remedio que sentir las con el natural recelo por la enorme cantidad de tropelías cometidas contra nuestros compañeros por el mismo que nos hacía protestas de amistad. Francamente, no las creemos.

«Mundo Obrero», tan fervoroso defensor de la unidad, tiene la osadía de decir en su editorial: «El historiador de rencores y menudencias—¿qué entenderá por menudencias «Mundo Obrero»? tal vez asuntos parecidos al famoso straperlo?—no tiene ningún interés en hablar de esto. Tiene, sí, una preocupación harto desorbitada por hablar de un españolismo que los trabajadores, que los revolucionarios de España, llevamos en el corazón, pero que no podemos desviarle hasta el punto de que se convierta en la negación de nuestro internacionalismo de clase, en negación de las esencias del movimiento proletario. De eso al nacionalsocialismo de Hitler existe un solo paso, que se tarda muy poco tiempo en recorrer.»

Este parrafito transcrito no tiene desperdicio. Llama menudencias a jugar con el Tesoro del país, pagando prevendas a generalitos muy soviéticos, pero muy de retaguardia, de transretaguardia.

Y el colmo es llamar nacionalsocialista, que en lenguaje vulgar significa fascista, a Largo Caballero. Menos mal que nos conocemos todos.

Sabemos lo que significa el españolismo desorbitado de Caballero. Sabemos lo que es, y nosotros, campesinos de Castilla, decimos con él que España ha de ser libre en todas sus determinaciones políticas, guerreras y sociales.

Sabemos de las concomitancias del P. C. con intereses extranjeros. Y no ignoramos lo que significa su internacionalismo.

¡Peligroso camino el de Caballero! También sabemos para quién es peligroso; pero nosotros, los campesinos de Castilla, estamos con él en este punto.

Queremos la Revolución de España y para España, aunque esto les suene mal a los comunistas. Lo sentimos por ellos; pero no nos interesa.

Y... una última cosa que se nos ocurre; rogamos a los comunistas que, en su Prensa, sean más claros y no confundan deliberadamente el Frente Popular con la Unidad Antifascista, que para nosotros ha de ser revolucionaria.

¡Que hablen las Colectividades!

¿Qué se pretende hacer con las Colectividades?

Es una pregunta ingenua. Cualquiera que lea esto y no sea campesino, comprenderá en seguida que soy un novato en estas cuestiones; más como siempre que tuve ocasión, a pesar de que soy de pueblo, de escuchar a alguno de estos nuevos conductores de masas que nos han salido, no me explico por qué antes decían: «Hay que colectivizar y ayudar al campesino para que esta conquista social se lleve a feliz término». Pero hechos acaecidos recientemente, me dicen todo lo contrario, y es por lo que me veo aturrido sin saber a qué atenerme, porque las consignas lanzadas recientemente por mandato de estos pastores que les vienen del exterior y que dicen bien poco en favor de lo que estamos viviendo en España y de lo que el mundo que trabaja espera de nosotros.

Membrilla, ¡qué mal tan grande ha tenido que hacer este pueblo para que ahora elementos indeseables y fuera de todo control le quieran destruir su obra! Yo ahora empiezo a explicarme el gran delito que supone para ciertos señores, a pesar de lo que decían, el que se colectivice la tierra, se trabaje en común cuando un pueblo lo desea, como este que menciono, dejándolo hacer, es una cosa que beneficiaría a la Comunidad; los demás pueblos lo copiarían y seguirían su ejemplo, y como consecuencia, terminarían los zánganos que viven a costa de los campesinos, y esto no les conviene, y como no les conviene sin que se les vea el plumero, si no mandan a que destruyan su obra realizada en medio de tantos sacrificios, apoyan a los que la destruyen, porque resulta muy cómodo no estar expuestos al calor del verano ni a los rigores del frío invierno, y por eso tienen que dejar hacer una obra tan nefasta como esta, que no la pueden concebir más que los agentes de nuestros enemigos de enfrente, con tal de que no se les vaya de las manos el cómodo cocido, tan mal ganado.

Lo de Membrilla no tiene importancia, si lo comparamos con lo acaecido en Morata de Tajuña. Si hubiera pasado Atila ahora por estas tierras, se hubiera quedado en mantillas al lado de estos nuevos bárbaros, y conste que no son del Norte, como era el destructor Atila. En este pueblo le metieron el azadón a la tierra los trabajadores de la Colectividad y sembraron patatas. ¡Con qué alegría las miraban cuando crecían y cuántas ilusiones se hacían para

cuando recogieran el fruto! Pensaban hacer intercambio por otras cosas que el pueblo no produce, y cuánta alegría hubieran llevado a él; pero hete aquí: llegan los enemigos del pueblo y de las Colectividades; se llevan las patatas que no habían sembrado ni cuidado, por el solo motivo de la razón que les daba la fuerza. ¡Pobres morateños! Tantas ilusiones, y qué pronto se las han tirado por tierra; y todo porque habían colectivizado. Elementos que cometen tales desmanes se les tiene que considerar peor que a los facciosos, militen en la organización o partido que militen, y no solamente hay que considerarles como facciosos a ellos, sino que si alguien sale en defensa de ellos, hay que aplastarlo también.

Campesino: trabaja con ahínco, organiza todas las Colectividades que te sea posible; tú eres una de las bases principales para que la Humanidad sea libre. No te desmayes por estas monstruosidades que cometen contigo; ten en cuenta que nosotros te ayudaremos en todo lo que podamos; que si tú colectivizas e impones el intercambio de productos, ¡ay del que no trabaje!; tendrá que comer consignas, por muy bonitas que sean, y tú, que has sido el eterno paria de siempre, si consigues hacer esto, ¡con qué satisfacción tendrás que reírte, pero no con la alegría que trae consigo la maldad, sino con la sana alegría, porque verás a tu compañera e hijos, alegres y animándose para que continúes la obra emprendida, hasta conseguir el que no haya quien no trabaje y goce de todo lo bueno, mientras los que trabajamos no gocemos nada más que de los sinsabores.

Campesino de Membrilla, de Morata de Tajuña, como los de toda España, no desanimarse por esto que están haciendo con vosotros. Ahora tiempo llegará, y quizá muy pronto, en que podáis pedir cuentas a estos enemigos de la clase trabajadora, porque tienes la razón y porque eres revolucionario como el que más lo sea; no te fijas en el sarcasmo que representa para vosotros el ver esos pasquines en los pueblos que dicen: «Hay que ayudar al campesino», y que luego, al llegar a las realidades, veís cómo destruyen vuestra obra. Yo me quedo algo perplejo también cuando veo estos pasquines, porque, como decía al principio, soy también de pueblo.

Juan TORRES

“Renunciamos a todo, excepto a la victoria”.-DURRUTI

LA GARANTIA DE NUESTRA REVOLUCION: EL FRENTE ANTIFASCISTA REVOLUCIONARIO

Ayuntamiento de Madrid



GANADERIA derivados

GANADO DE CERDA ELECCION DE REPRODUCTORES

Ante todo se necesita tener una idea clara y perfectamente definida del tipo de animales que se desean obtener o, mejor dicho, debe saberse: Primero, lo que tiene; segundo, lo que debe tener, y tercero, estudiar las posibilidades y poner en práctica los medios necesarios para la transformación de lo que se tiene en lo que se desea tener; por tanto, si el ganadero entiende que lo que necesita es un buen verraco y cree estar plenamente en posesión de la verdad, sin vacilaciones y sin dudas, siempre perjudiciales, su primera preocupación forzosamente ya no puede ser otra que la elección de un buen reproductor.

Y no se crea que es esta una operación para realizarla aprisa, ni se debe buscar un animal para este fin en los mercados, ni mucho menos en criaderos cuyo ganado no tenga un origen perfectamente conocido; por el contrario, ha de buscar el tronco de su futura ganadería en un animal cuyo origen sea perfectamente conocido y sin escatimar el precio. Ha de fijar su atención en que sea una res uniformemente simétrica, de cruz ancha, dorso largo y recto, grupa amplia y potente, miembros perfectamente aplomados y extremidades delanteras lo suficientemente separadas para poder juzgar bien la amplitud de su pecho, y sobre todo que los testículos estén bien desarrollados y sin defectos en los órganos genitales externos; que manifieste vivacidad y alegría, siendo al mismo tiempo apacible y tranquilo; los animales inquietos, hoscos y gruñones deben desecharse en absoluto.

Ha de ser animal joven, pero nunca debe dedicarlo al fin para el que fué adquirido antes de los nueve meses como mínimo, ni tampoco ha de permitirle beneficiar más de cincuenta hembras por año.

Todo esto es cuanto se refiere a bellezas externas del individuo; pero no basta con que sea un macho de condiciones armónicas perfectas; es necesario que sea además, un buen reproductor, y, por tanto, no es suficiente con que transmita las características de su raza, sino que es preciso que sus descendientes hereden también la capacidad productora de carne y, aun dentro de esta capacidad productora, saber si lo que se desea es obtener animales precoces o, por el contrario, reses de un gran volumen; y como estas cualidades no son fáciles de apreciar hasta pasado algún tiempo, es por lo que se precisa conocer sus antecedentes, y ya en posesión de ellos, el buen cálculo del ganadero puede aconsejarle si para él tiene más interés adquirir un verraco que ya haya apareado y cuyas características conozca o, por el contrario, le interesa más juzgar su función progenitora por los lechones que nazcan en su poder. De una forma o de otra, los sementales hay que juzgarlos a «posteriori»; es decir, cuando los hijos, y más acertadamente los nietos, nos muestran en ellos las buenas condiciones del padre o abuelo de que proceden.

Por estas razones se comprenderá ahora cuán interesante ha de ser para un criador estar en posesión de un buen verraco y el enorme interés que ha de poner en su conservación, máxime cuando el animal responda como un buen semental; debe atender a su cuidado, procurando no engordarle con exceso y reteniéndolo en su misión el mayor tiempo posible, que en ningún caso ha de ser inferior a cinco años, ya que la mala práctica de desechar los sementales antes de tiempo no es nada económica y va contra todo principio zootécnico.

Cuando por exceso de alimentación, y teniendo en cuenta la predisposición de esta especie para el engorde, el animal adquiere un peso exagerado, no debe prescindir de él el ganadero, máxime si el animal cumple con su misión; antes al contrario, el buen criador debe conservar su magnífica simiente y recurrir, en este caso, al potro de cu-

brición, que no es otra cosa que una especie de caja del tamaño de un cerdo, en cuyo interior entra la hembra; en la parte posterior tiene una barra que llega a la altura de los corvejones y que impide el retroceso del animal, una vez dentro; en los costados lleva unos planos inclinados, en los cuales el macho apoya sus extremidades delanteras, y de esta forma el coito se realiza cómoda y placenteramente, sin que gravite sobre la hembra el peso abrumador del macho que la beneficia.

No siendo sólo el macho el que interviene en la formación de los nuevos productos, sino que a ellos hay que sumar los no menos importantes de la hembra, conviene, y es muy interesante, tener en cuenta las condiciones de ésta; ha de ser, igualmente, un animal de conformación uniforme, de amplia grupa, que indique una buena anchura de pelvis y, sobre todo, con gran número de mamas, por lo menos doce, según Dechambre.

El celo se manifiesta en la hembra por el deseo imperioso de ser cubierta por el macho, y es fenómeno que tiene su aparición en el cuarto o quinto mes, aunque en algunas hembras de razas precoces se presenta al tercero. En este estado, la cerda se debate inquieta, pierde el apetito, provoca al macho, si está en la misma pocilga; se agita, se retuerce, no deja tranquilos a los animales que con ella conviven, frecuentemente los achucha con su geta, obligándolos a levantarse para echarse inopinadamente sobre ellos, pretendiendo hacer las veces de macho, con la protesta natural del que así se ve sorprendido; su vulva está enrojecida y turbulenta. Una cerda en estas condiciones debe ser sacada inmediatamente de la pocilga, pues no deja tranquilo al resto de los animales, y sobre las molestias que el escándalo de los gruñidos proporcionará está la perturbación de la tranquilidad en la zahurda, condición que no favorece en nada el engorde de estos animales, a los que hay

AQUELLOS TIEMPOS...

Y es el caso, que nadie en el medio rural podía vivir enteramente a su gusto.

Gota a gota pasa a la copa el agua hirviendo que, al filtrarse por los agujeros de la maquinilla, adquiere un tinte negrozco. Observar cómo esta filtración se verifica y la mezcla posterior del líquido con unos terrones de azúcar, es la tarea preliminar de todo campesino acomodado, que llega con su cigarro en la boca, y una vez que ya se aposentó ante una de las mesas repartidas por la sala, poco limpias, por cierto, y que ellos, pomposamente, llaman casino. Han llegado a reunirse hasta una veintena de contortulios. Todos callan en estos comienzos de tarde y atisban el momento en que uno de ellos saque a colación el tema que precisa la tertulia para opinar en pleno. Es curioso este momento que se da en todos los casinos del pueblo. Significa un «oje» que preside la desconfianza por el hecho de conocerse perfectamente bien los hombres rurales. Y mientras el tema cumbre llega, se habló ya del creciente descuido que se observa en todos los servicios que dependen del abastecedor del casino, hombre cuidadoso en los comienzos de su contrata, es verdad, pero ya un tanto escamado de los socios con fama de adinerados, que solo piden agua a la hora de gastar. Algún vejete ha protestado varias veces, entre tosecillas leves, del frío que se cuele por las rendijas de puertas y balcones, o de los sillones de invierno, tan mugrosos como desvencijados; del prorrato justo para adquirir otros, sin hablar. Algún se hace eco campanudamente de

La ley es la voluntad escrita de la mayoría, pero de la mayoría de los legisladores. Estos fabricantes de leyes se llaman con otro nombre, diputados. Veamos quién les fabrica a ellos.

Una gran cantidad de ciudadanos no vota a nadie, porque no tienen la edad requerida o porque están en el servicio militar, o en el hospital, o la cárcel, o inútiles físicamente, o de viaje, o porque no tienen cédula, o porque no les da la gana elegir pastores. Los candidatos derrotados suponen también una gran cantidad de voluntades que no intervendrán de ninguna manera en la fabricación de leyes. Al votarse una ley en el Parlamento, unos ganan la votación y otros la

que proporcionar siempre la mayor tranquilidad y reposo posibles.

En ningún caso debe dejarse al macho entre varias hembras, operando a su albedrío; ésta es una mala práctica que hay que prescribir en absoluto, porque, aparte de su inútil fatiga, altamente perjudicial, está la falta de control, y sin él es de todo punto imposible la marcha próspera de una explotación pecuaria bien dirigida.

Es conveniente no permitir que las hembras sean cubiertas antes del octavo o noveno mes; a esta edad, y en plena actividad de los calores, la cerda debe ser conducida a la pocilga del macho y allí dejarlos completamente solos durante un cuarto de hora como mínimo, ya que el cerdo es un animal que tarda algunos minutos en la eyaculación del semen. Puede ser una circunstancia que favorezca la fecundación el repetir el salto pasadas unas diez o doce horas. Si la hembra no ha sido fecundada, los calores retornan a los veinte días, como término medio, y después del parto es a los tres meses, aproximadamente, cuando tienen de nuevo su aparición, durando de veinticuatro a cuarenta y ocho horas, y es entonces cuando ha de ser cubierta por el macho.

las palabras que ha lanzado allá en la ciudad el jefe político del distrito, para dárseles de entendido o para hacer reír al señor ágrico que tiene enfrente, y que no está conforme con las palabras, precisamente por haberlas dicho el jefe político, para el pueblo en fin de cuentas, el que viaja y cobra. Tampoco han salido muy bien parados en este repaso preliminar, ni el maestro ni el médico... Y es que nadie en el medio rural podía vivir enteramente a su gusto.

Pero la picaresca siempre estuvo a cargo, aun en estas reuniones tan ordinarias, de aquellos que por profesión han de verse obligados a practicarla. En este caso, el cura del pueblo, que también alterna con su aparatoso arremangar de hábitos y todo al sentarse. Se está hablando de la pertinaz sequía, y al hombre no se le ocurre sino el comentario justo, expuesto con el aire más campechano del mundo.

—Es de ver el último milagro—dice—. Hemos sacado el santo a la calle en este pueblo para que llueva, y resulta que donde realmente ha caído el agua a torrentes, es allá en Paimogo, mi pueblo natal y en los sembrados de cabada de mi propiedad.

Y lo curioso es que los rurales acomodados ríen, porque aun cuando no se atreven a declararlo en voz alta, siempre estuvieron al cabo de la calle en estas cosas de milagrería y sus comparsas. Sólo el campesino que trabaja sería capaz un día de encajar la broma seriamente en todo lo que tiene de afor. Y la corregirla.

VERDUGONES

LA LEY Y LA JUSTICIA

perden. Los que la pierden representan también una buena cantidad de voluntades que hay que agregar a las anteriores. Total, que los diputados que aprueban una ley representan a una minoría de electores, aun admitiendo que éstos estén conformes con esas leyes, lo cual no ocurre nunca. El diputado, una vez que lo es, vota lo que le da la gana. A sus electores les queda el derecho del pataleo o votar en las próximas elecciones a otros que indefectiblemente harán igual. Otras veces, a sabiendas de que sus elegidos votarán lo que ellos quieran, los votará igualmente, consolándose con la certeza de que otros votarían cosas peores.

La ley es la voluntad de una mayoría... de constructores de leyes. A veces de una minoría... de capitalistas, pero de una mayoría de pesetas.

La ley y la justicia andan siempre a codos y tarascadas traicioneras. Una ley, la mejor ley, que aplicada a un individuo pudiera ser justa, aplicada a otro pudiera dejar de serlo; porque todos los hombres tienen necesidades, capacidades mentales o morales y físicas diferentes, y siempre coinciden en cada caso miles de circunstancias diferentes. Medir con el mismo rasero legal dos hombres es una injusticia declarada. Medir millones es un crimen colectivo legal. Ni aun sancionando un código de leyes para cada individuo estas serían justas. Pretender catalogar, prever todas las circunstancias de distinta índole que modifican un caso, es una quimera, como querer prever la cantidad de trozos que saltarán en la explosión de una cantera, la distancia a que irán, la altura, el peso, la forma geométrica, etc.

No existe ninguna ley, ningún apartado, ningún inciso ni camino que prevea exactamente ningún caso. Con un código en la mano, el acusador pide un fallo, equis; el defensor, con el mismo código en la mano, pide el fallo más opuesto. Cada cual pretende encajar el supuesto delito en una ley distinta. Gana siempre la parte más fuerte.

Todo juicio es una comedia. Cuando los jueces se sientan tras del mostrador, ya se sabe el fallo, sabiendo la fuerza que asiste a cada una de las partes: al acusador y al acusado.

La justicia es inmutable y catalogable. Encajarla en un código, embotellarla y ponerla en conserva, como las sardinas, es destruirla, es construir la injusticia. La ley es el instrumento del fuerte y del pillo contra el débil y honrado. Los jueces fallan siempre con el mismo espíritu de los constructores de la ley, espíritu despótico, puesto que son la minoría impuesta con el engaño a la mayoría. «La ley—dijo Esopo hace dos mil años—es una telaraña que enreda al débil y rompe al fuerte». «La ley—dijo Pío Baroja ayer—es como los perros, que sólo ladra al que va mal vestido».

Un juez veterano es una fiera incatalogable, una especie de zoológica distinta de toda la fauna carnívora. Más repugnante que una hiena con el hocico chorreando la sangre caliente de su víctima, es un juez detrás del mostrador, sudando asfalto por encajar a un infeliz en el artículo más fatídico del código. La presunta víctima presente su condena, pero no puede descifrar la verborrea jurídica, el caló judicial de esos abastecedores de carne de presidio y verdugo. La tortura de un acusado ante sus jueces es peor que la muerte. «Parece que mientras escribe—dice Víctor Hugo—está bajo su mesa el verdugo acurrucado en la sombra, y que de vez en cuando suelta la pluma para decirle como el amo al perro: ¡Cállate, cállate; pronto tendrán un hueso para entretenerle!»

Un juez no es un hombre; es un instrumento con cerebro encuadrado y células articuladas, llenas de polvo. Preguntado un sabio chino si había en el mundo algo peor que un juez, contestó que dos.

En España se está restableciendo el imperio de la ley. Los Tribunales Populares virtualmente desaparecen por la cantidad de tribunales especiales que se forman, que substraen a los primeros todos los casos de verdadera justicia. Pronto les quedará a los Tribunales Populares el derecho de zanjar una riña de verduleras o entre un tasquero y el parroquiano enamorado de sus productos. Eso ateniéndose a las nuevas normas, según las cuales los auténticos representantes del pueblo, los que no han rumiado justicia en conserva, pueden ejercer el derecho de suplicar o poco más. Así se condenan trabajadores antifascistas y se absuelven bandidos fascistas.

La justicia antifascista de hoy aparece en escena como un caballo en la plaza de toros: con un ojo tapado. Con el tapado lee el código para juzgar al fascista; con el otro, para juzgar al antifascista. En vez de balanza lleva una ratonera, donde hay, a modo de cebo, un código republicano. Y parece manufactura burgalesa.

LA VOZ DE LOS PUEBLOS

Defendamos nuestras Colectividades

Antes del 19 de julio del pasado año, para la mayoría de los trabajadores era poco menos que una utopía la colectivización agraria. Salvo raras excepciones, los campesinos de España, habituados al trabajo individual, odiaban el colectivismo. La ignorancia en que los tenía sumidos la clase capitalista, hacía que los campesinos fueran refractarios a un sistema de trabajo que, por sí solo, puede dar al traste con la reacción y con la explotación del hombre por el hombre.

Refiriéndonos a la provincia de Badajoz, solamente en Guareña se hicieron unos ensayos de colectivismo en el año 1933 y 1934. Se trabajaron unas 700 hectáreas de tierra en colectividad, en las que tomaron parte unos 500 campesinos. El resultado fué tan halagüeño, que rebasó todos los cálculos hechos, dando un mentís a los que creen que los trabajadores no estamos preparados para vivir en colectividad. Estos 500 trabajadores son hoy ardientes defensores del colectivismo, porque han visto prácticamente los beneficios que reporta este sistema.

Los mismos resultados que esta colectividad agraria dió la colectividad de panaderos, que los obreros de dicho gremio constituyeron en el pueblo; de la misma manera que el molino aceitero colectivo que explotaron los pequeños propietarios y arrendatarios oliveros.

Todas estas colectividades, todas federadas localmente, se apoyaron mutuamente unas a otras para su mejor desenvolvimiento.

En los primeros días de sublevación, vencido el movimiento fascista, la Federación Local de Sindicatos se incautó de todos los bienes de los desafectos al régimen, y se comenzó a explotarlos en colectividad. Si las hordas salvajes del traidor Queipo de Llano no hubieran tomado el pueblo serviría de modelo en toda la provincia.

Actualmente, en España se ha dado un gran paso hacia el colectivismo; en Cataluña, Aragón, Levante y Centro se ha colectivizado mucho. Los campesinos han llegado a comprender que la única manera para dejar de ser esclavos del terruño es acabar con el individualismo. Los campesinos extremeños no deben ir a remolque de los de otras regiones; deben incorporarse al gran movimiento libertador que se está operando en la España leal. Trabajemos en retaguardia sin descanso; forjemos una sociedad nueva, eliminando a todos los parásitos; no consentamos que cuando nuestros hermanos del frente dejen el fusil para empuñar de nuevo la herramienta sean explotados por nadie, por muy antifascista que se llame. Si, por el contrario, no atendemos más que a cuestiones partidistas, haciéndonos la guerra entre proletarios, entonces los campesinos del frente, terminada la guerra, deberían volver las armas contra nosotros y eliminarnos como bichos venenosos y perjudiciales.

La tierra es del que la trabaja; pero esto no puede significar que se reparta en parcelas por la inutilidad del trabajo individual.

Defendamos nuestras colectividades campesinas, porque defendiéndolas defendemos nuestra libertad, nuestra vida y el pan de nuestros hijos.

José MATEOS

Castuera, octubre, 1937.

Del ambiente pueblerino

Andamos por los pueblos de nuestra región, y vemos, con alegría, el entusiasmo y la fe con que trabajan las colectividades.

Estamos en días de vendimia, y los campesinos no descansan para arrancar de la tierra, de las cepas, lo que es fruto de sus desazones de todo el año. Los colectivistas trabajan con fe en el futuro; su mirada va más allá de los problemas cotidianos. Y que los tienen. Muchos pequeños problemas producidos por los que todos conocemos en no sabemos qué afán de torpedear la revolución campesina, que están realizando nuestros compañeros.

Pero dejemos estas cosas de poca monta y vamos a lo nuestro. Nosotros tenemos que acostumbrarnos a mirar más allá del hoy.

Y nuestra gran preocupación, y la de todos los campesinos de Castilla, es estructurar la nueva economía revolucionaria del agro.

La función social de las colectividades está clara, porque no va más allá de los límites municipales, que ya no hay en nuestro pueblo quien se atreva a discutirla. Después de un año de trabajo en colectividad han podido ver los campesinos los resultados palpablemente.

No se trata de teorizar, ni tan siquiera de ensayos. Ya son una realidad de esplendor en todo el campo de Castilla.

¡Ah! Pero la Economía agraria no puede quedar atomizada en colectividades sin relación. La Economía tiene exigencias nacionales, y si me apuráis un poco diría que hasta extranacionales.

Hemos salido de los pueblos a explicar esto a los campesinos, y hemos sentido la preocupación de los trabajadores del campo para llevar a realización los organismos que han de servir para coordinar todos los esfuerzos aislados de las colectividades.

Ya son pocos los que no entienden la función de los Consejos de Economía locales y comarcales.

En todos los pueblos se abre camino la verdad.

¡Colectividades en todos los pueblos! Pero nuestra Revolución será una realidad halagadora cuando hayamos conseguido hacer de España una sola COLECTIVIDAD.

¡A ello, campesinos! Ese es nuestro y vuestro propósito.

REPORTAJES CAMPESINOS

¡Al campo los que no trabajan en la ciudad!

Aprovechando la ocasión que me brinda la incorporación a filas de las quintas del 30 y 38, en la que son incontables los campesinos que han tenido que abandonar la tierra, tan amada por ellos, voy a recoger opiniones de labios de estos humildes y nobles campesinos que, con su esfuerzo abnegado, lograron producir el triple en la labor cotidiana, para que no decaigan por falta de productos nuestros combatientes. Ellos han logrado producir lo inconcebible, imponiéndose por su propia voluntad un trabajo duro y agotador, sin anuncios luminosos, ni noticias estereotipadas en la Prensa diaria.

Estos campesinos silenciosos como su tarea dura y agotadora, que desde el primer momento se pusieron a trabajar para las necesidades de guerra, lo han cumplido con creces. Hoy los tenemos aquí en Madrid, con sus talegas o alforjas al hombro y su rústica y humilde vestimenta, llenando las calles madrileñas con su aire saturado de castellano aldeanismo. La familiaridad que anima a estos campesinos de Castilla, tan duros de rostro como blandos de sentimientos, me invita a gozar de su amable charla.

He sacado las cuartillas y el lápiz para la entrevista. Uno que ha observado mi maniobra, me mira atento, como queriendo descubrir mi intención. Me dirijo a él y le interrogo:

—¿De dónde eres tú?

—Yo soy paisano de estos—señala a todos los del corro.

—¿Del mismo pueblo?

—No; pero somos de cerca, todos paisanos y buenos amigos.

—¿Cuándo habéis venido?

—Llevamos aquí doce días.

—¿Y qué os parece Madrid?

—Está bien—me responden a coro—; pero nosotros creíamos otra cosa...

—¿Es que no os gusta?

—Sí. A mí Madrid me gusta mucho—me aclara uno—; pero dentro de él hay...

—¿Algo que no debe haber?

—Eso mismo. Algo que no debe haber.

Yo no pensaba que hubiera tantos hombres que no hacen nada, y otros venden chucherías para justificarse y estafar a los que compran... No quiero con esto meter a todos, porque en Madrid hay muchos que trabajan tanto como nosotros en el campo; pero esos gandules que se pasean a todas horas por la calle y que no salen de los «cines» y cafés, a esos habría que decirles algo.

—¿Has venido mucho a Madrid desde el comienzo de la guerra?

—Sí. Y antes de ella también. Aunque soy de pueblo, lo conozco bastante. Por eso, créeme, a mí me indigna que haya tanta gente que desde que empezó la guerra no ha trabajado, ni antes ni ahora; y es necesario que trabajemos todos. En Madrid no hay trabajo para todos; pero en el campo sí lo hay para todos los que vayan; nuestras vacantes, nuestro puesto deben ocuparlo inmediatamente otros.

—¿Tú opinión es esa?

—¡Sí! La mía y la de los demás campesinos que me acompañan. Concretando: «Que todos los que no trabajan en Madrid que vayan al campo, por el bien de nuestra guerra y el triunfo de la Revolución».

Gonzalo BUSTILLO

Ayuntamiento de Madrid
LA UNIDAD DE LAS SINDICALES NOS DARA LA VICTORIA

Colectividades de trabajadores, no de chupópteros

Somos amantes de la colectividad, fomentamos la colectividad y la difundimos por todos los ámbitos del mundo, porque en ella vemos el porvenir de los trabajadores. Ella es el espíritu de todos los que dependemos del trabajo, llámese manual o intelectual; dentro de la colectividad está el bienestar y el interés de todo obrero.

Pero de ningún modo podemos aceptar estas colectividades, que se hacen a base de mangoneo y en reunión de unos cuantos chupópteros que, más que colectivistas, son arrastrados, que creen que por formar una colectividad ya terminaron ellos de trabajar.

Siempre lo hemos entendido así. Cuando se constituye una colectividad se reúnen los colectivistas, los auténticos trabajadores, y de esta reunión surge el Consejo de la misma, cuyo Consejo se encarga de llevar la administración, de ordenar los trabajos y, en fin, de mirar por sus propios intereses y por los de sus compañeros componentes de la colectividad.

¡No hay que confundir! Lo mismo son colectivistas el zapatero del pueblo que el maestro de escuela, el peluquero, el sastre, el carpintero que el campesino. Claro que este último siempre fué el caballo de batalla; pero tiene que tener en cuenta que necesita de los demás.

Tenemos un pueblo en esta comarca, fértil por cierto y bastante grande. Se reúnen unos cuantos señores y acuerdan formar una colectividad. Pero ¡qué colectividad! Eso, más que colectividad, parece una reunión de comadres, donde se da un sueldo todos los días y a vivir, como en los tiempos del feudalismo, no encontrando más ventaja que entonces les explotaba un avaro burgués y hoy les explota un Consejo de mangantes que quieren seguir viviendo sin trabajar. ¡No, compañeros, no! En una colectividad, desde el colectivista más humilde, aunque no sepa escribir, hasta el presidente de la misma, todos tienen el mismo derecho; no se diferencia más que en el deber y en la misión que cada uno haya de realizar como propio trabajador.

Campesino, ten cuidado, no te dejes engañar. Hazte colectivista. En la colectividad encontrarás ventajas y verás el producto que te rinden tus brazos, y de esa forma ningún parásito te robará el sudor de tu frente, que bastante te robaron ya en los tiempos de florca y cuchillo. Pero no hagas caso de esas colectividades que hayan formado los aventureros y vividores de la vieja política, pues aun cuando hoy lleva la nueva etiqueta, siempre será política de la que corrompía a las clases humildes y que con su habilidad quiere seguir viviendo de tu sudor y del jornal que les corresponde a tus hijos. No te rinden cuentas; sólo sabes que viene el camión de Reforma Agraria y se lleva lo que a ti tanto te costó segar.

Pero, en cambio, las colectividades que ha formado la C. N. T. no son así. Estas, con su Consejo de Economía, es el que te da cuenta todas las semanas de sus tareas y trabajos a realizar, el que se renueva cada seis meses o según convenga para el interés común de la colectividad, y hace marchar la administración de la misma a las mil maravillas.

Félix GIL CUESTA

Tarancón, octubre de 1937.



Colectividades de Castilla



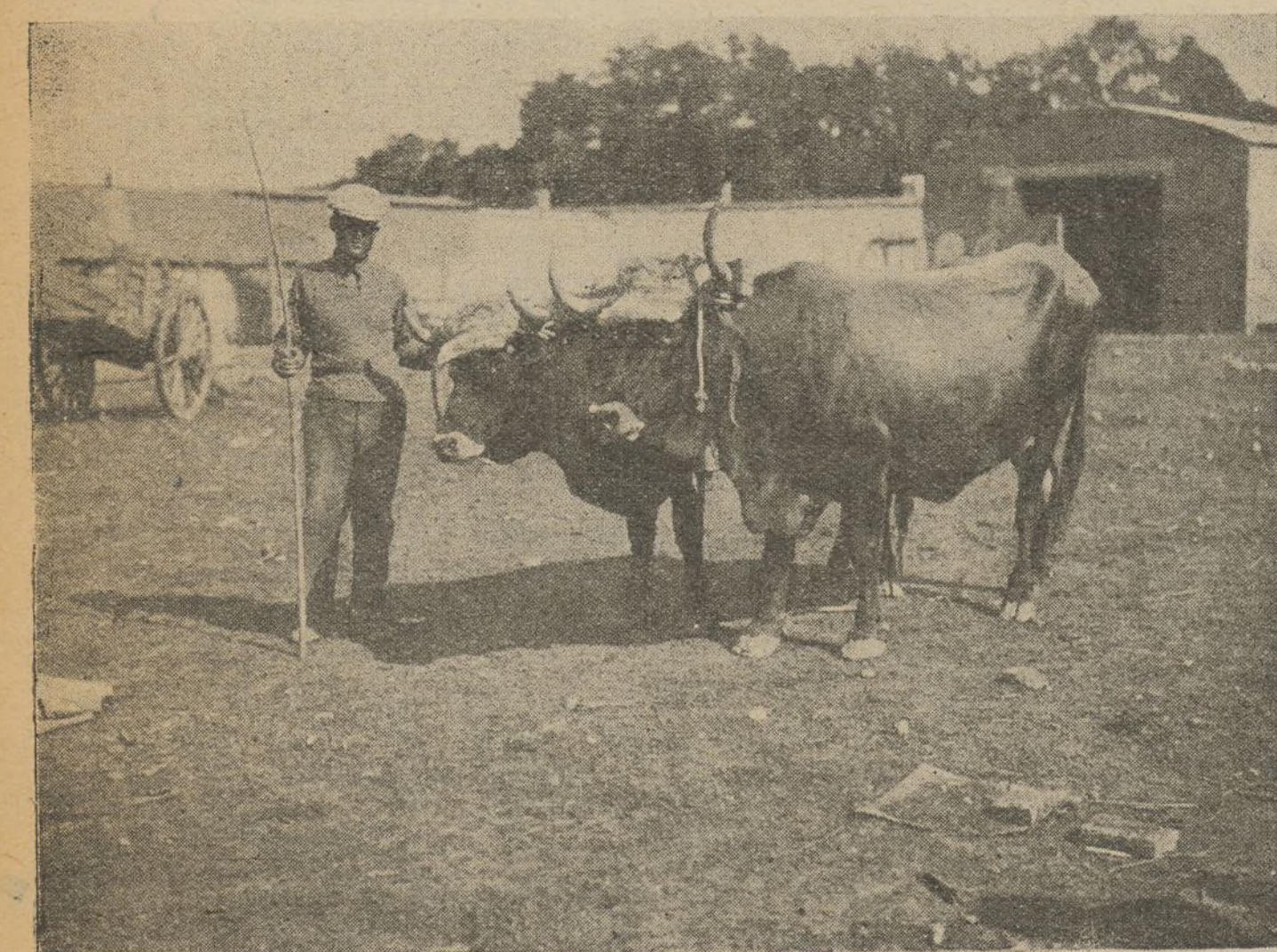
Belvis de Jarama

En la ribera del río Jarama y a muy pocos kilómetros de Paracuellos, pueblo colgado de altos cerros, nido de águilas, según Argiz, pueblo hecho de grises y en situación dominante—ya sabía Medinaceli el sitio que elegía para su fortín—. Paracuellos dibuja

ANTECEDENTES

Doña Pilar Rodríguez Torres, o quien fuere, propietaria de Granada, quiso poner en explotación de huerta unas cuantas fanegas de tierra regable de Belvis.

Para el caso trajo de allá, de Andalucía, unos pocos trabajadores de regadío. En aquella Andalucía, esos campesinos eran mi-



desde distancia unos tejados bajos, chatos, de villanos, y sobre ellos la torre de hiladas de piedra y ladrillo cocido, y el enorme prisma en rectángulo de una mansión de señores. Paracuellos conserva una situación medieval.

En la ribera del Jarama, y dentro del término municipal de Paracuellos, hay una finca de 900 fanegas de regadío, 1.500 de secano cultivables. Perteneció a una tal Pilar Rodríguez Torres. Y hoy es la Colectividad de Belvis de Jarama.

litantes de la C. N. T. Vinieron a Castilla y se afiliaron al Sindicato de Oficios Varios, de Madrid.

Catorce o quince anarquistas llegaron a Belvis. Eran más que suficientes.

Llegó la fecha de la sublevación, julio de 1936, y los 75 trabajadores que había en la finca se incautaron de ella, gracias a la actividad y visión revolucionaria de esos pocos compañeros. La incautación se hizo en los últimos días de julio de 1936.

La Unidad en la retaguardia y en las Colectividades de Castilla

Nosotros hemos hablado personalmente con Mariano Urías y Roque Antequera, afiliados ambos a la Federación de Trabajadores de la Tierra, U. G. T., y he de hacer constar, para satisfacción de ellos, que tienen una visión muy clara de la UNIDAD de los trabajadores y del problema revolucionario español.

COLECTIVIDAD Y SINDICATOS

El Sindicato de la Federación de Trabajadores de la Tierra se constituyó al advenimiento de la República, y en la actualidad tiene unos 200 afiliados.

Nuestros compañeros de Belvis se organizaron en Sindicato confederal en marzo de 1936, pero en enero de 1937 habían absorbido a unos 60 trabajadores de Paracuellos. Ni que decir tiene que esto trajo sus dimes y dires pueblerinos, y muy del caso. Los pueblos son así.

La Colectividad está integrada por los compañeros de ambas Centrales sindicales, en una hermandad que les impide acordarse incluso de su filiación sindical. Son trabajadores que saben su oficio y tienen conciencia de su clase. Yo les brindaría este ejemplo a los del proselitismo.

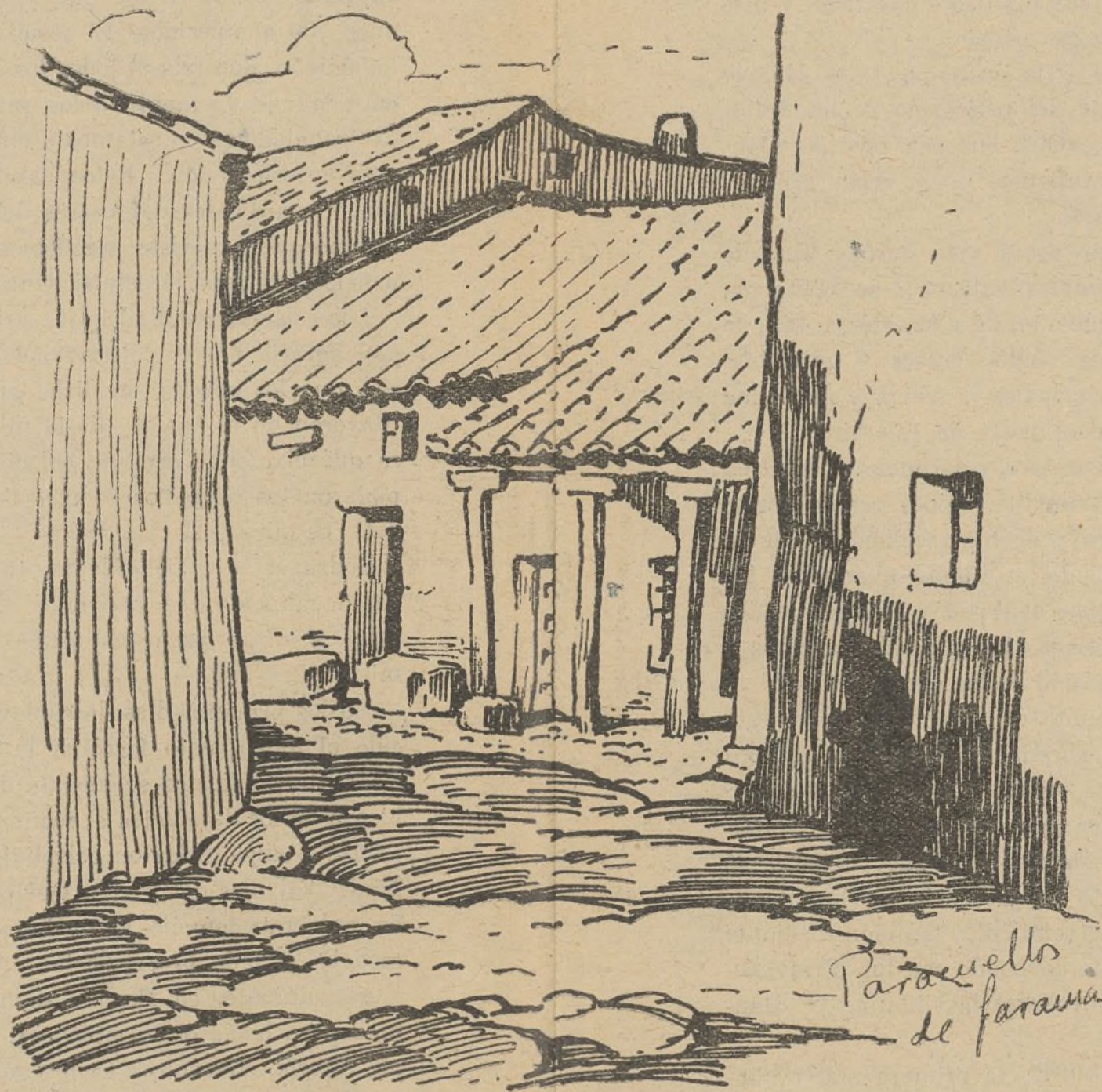
La Colectividad comenzó a funcionar en el mismo momento de la incautación, y con los 75 trabajadores que la cultivaban anteriormente. En estos momentos son 140 colectivistas, con sus familias respectivas; de éstos, 20 son cenetistas y el resto ugetistas. ¡Estamos en minoría, compañeros de Organización! Y el que quiera enterarse que lea hasta el final.

Vamos a dar los datos de rigor. Los malos tragos hay que pasarlos pronto.

Recolección del año: trigo, 5.000 fanegas; cebada, 4.000; avena, 200 fanegas; algarroba, 150; maíz, 800 fanegas; judías, calculan unas 100 fanegas; patata, 10.000 arrobas; melón, 250.000 kilos, que les ha valido pesetas 300.000, y habas en verde, 19.000 kilos.

Ganadería colectivizada: mulas, 25 pares, de las que han adquirido seis yuntas de muletas en 30.000 pesetas; vacas de trabajo, 10 yuntas, adquiridas cinco en 7.250 pesetas; vacas de leche, 20, de las que han comprado nueve en 11.800 pesetas; cerdos, 40; ovejas, 650, compradas 100 en 7.000 pesetas; cabras, 82, y gallinas, 35. Hecho balance resulta que se han gastado 55.550 pesetas en adquirir ganado. ¡Buena cifra! A ver quién la mejora, y en un año.

De maquinaria poseen dos segadoras, una de ellas les ha costado 4.600 pesetas; una



trilladora y cuatro motores eléctricos. Añadid a aquella cifra estas 4.600. Fijaos lo que se puede hacer en colectividad.

Han fundado una escuela racionalista, a la que acuden 60 niños. Cuando la visitamos, el compañero Santos, uno de nuestros dibujantes, no pudo reprimir sus aficiones didácticas y explicó una lección de estética a los niños.

Tienen herrería, carpintería y albañilería.

El servicio sanitario se presta a los colectivistas por el médico de Paracuellos, y es costeado por la Colectividad.

Una de las cosas que no han comprendido bien es la función del salario. Por no sé qué cosas, no del todo voluntarias, tienen establecido un tipo de jornal fijo.

Normalmente perciben ocho pesetas diarias, más los productos de huerta, de los que se benefician en la medida de sus necesidades. Durante la recolección han cobrado 10 pesetas y la manutención.

El Consejo de Administración quedó constituido en la forma siguiente: presidente, José Laguna (C. N. T.); secretario, Roque Antequera (U. G. T.); vice secretario, Francisco Moyano (C. N. T.); tesorero, Mariano Urías (U. G. T.); vocal, Francisco Ramos (C. N. T.); vocal, Isidoro Calleja (U. G. T.).

Como podéis ver por la composición de este Consejo, las dos Centrales disfrutaban en paridad las funciones administrativas de la Colectividad. Pero nos importa hacer constar que este

Consejo fué elegido en Asamblea general, sin previos acuerdos distributivos, y con votación secreta.

Estas son las afirmaciones concretas, rasantas, que nos han hecho los compañeros de la U. G. T., que nos han servido de informadores.

¡Magnífico ejemplo de UNIDAD el que está dando Belvis a todos los trabajadores!

Mariano Urías, tesorero del Consejo de Administración y afiliado de la U. G. T., nos dijo textualmente: «Si hubiéramos querido todos los puestos hubieran sido nuestros por la mayoría de que disponemos; pero nosotros estamos más atentos a las necesidades de nuestra Colectividad que a toda clase de propaganda proselitista.» Esta es la única doctrina de unidad sindical.

Nuestros compañeros de Organización están en el Consejo por su capacidad individual. Y el mérito inmenso de los camaradas de la U. G. T. es el saberse desprender de afanes exclusivistas para reconocer las capacidades donde están.

¡Bien por todos! ¡Y muy bien por la U. G. T. de Belvis!

La Colectividad marcha e irá mejor con el tiempo.

Piensen construir viviendas sanas para los colectivistas, y ensanchar la explotación roturando tierras.

Cuando terminaron sus informes sobre la Colectividad no pude reprimirme y le espé a Mariano Urías, y a bocajarro, la siguiente pregunta: ¿Qué piensas de la nueva Ejecutiva Nacional de la U. G. T.?

Me contestó:

—Largo Caballero me llevaría hasta la muerte, y, por otra parte, no puedo tolerar la exclusión de las Sindicales en las funciones de Gobierno del país.

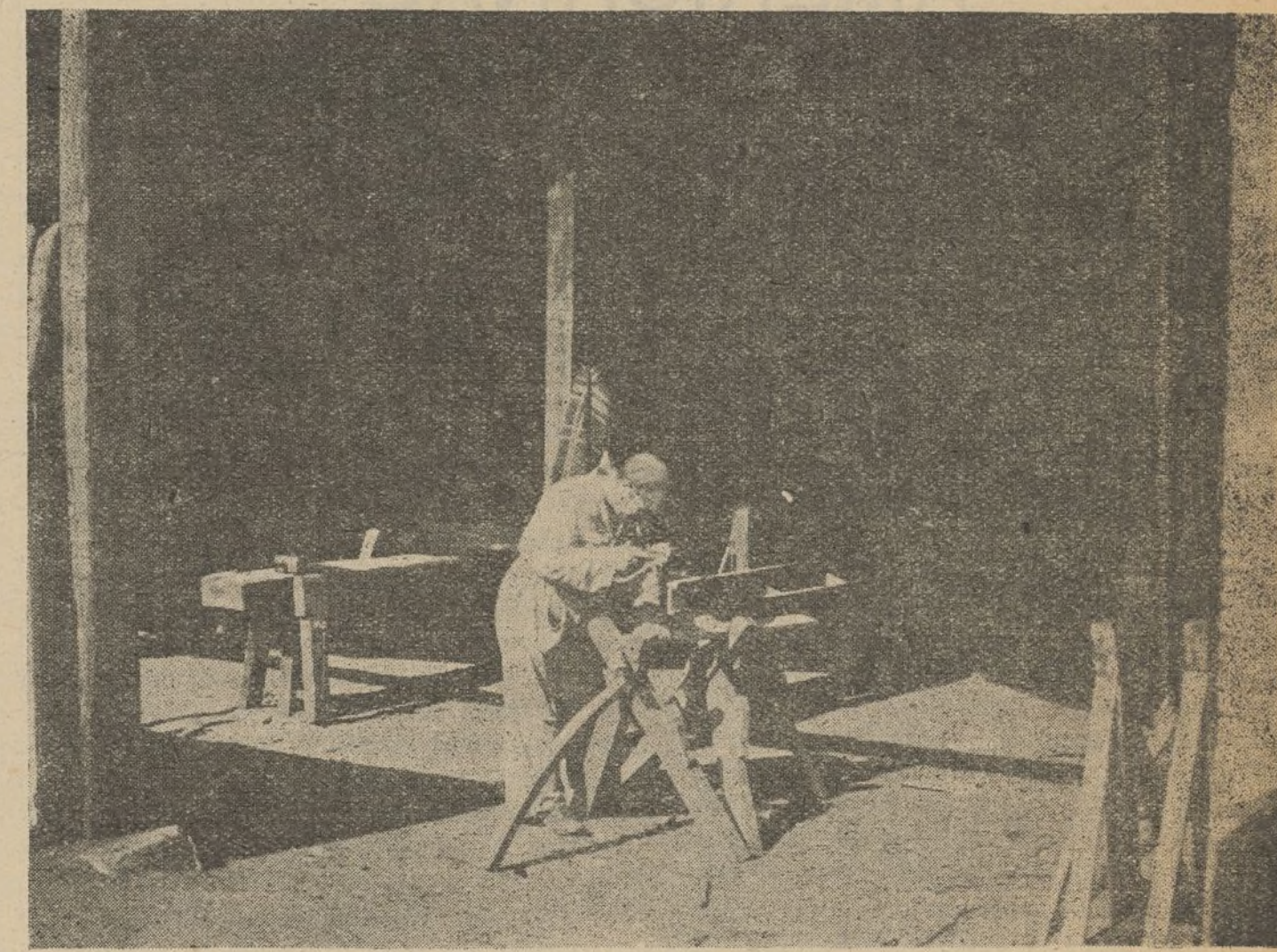
—¿Qué clase de relaciones tenéis con el Instituto de Reforma Agraria?

—Al principio acudimos a él, pero hubimos de convencernos de que los problemas de suministro están mejor atendidos por la Federación Regional de Campesinos.

Naturalmente, esto ni lo contentamos siquiera.

UNIDAD ANTIFASCISTA REVOLUCIONARIA

La Colectividad de Belvis de Jarama es la expresión práctica, en el terreno de trabajo, de eso que no ha sido para algunos más que una plataforma política de agitación y zancadilleo de covachuelas.



Los campesinos de Belvis, todos por igual en estas horas, sólo recuerdan que son trabajadores de Castilla.

A ellos no han llegado aún, ni llegarán nunca, esas sutilezas unitivas de «partidos». Son simplemente trabajadores. Y como tales se comportan.

Nosotros los informadores de ¡CAMPO LIBRE!, tuvimos la alegría íntima de re-

que el chófer tiene más cariño, por lo menos tanto, que a su «Kukix», su hija, escalamos la rampa hasta el nido de grises.

Paracuellos responde por dentro a la impresión que causa desde fuera. Por dentro también es gris. Allí nuestros dibujantes tomaron algunos apuntes para su archivo. Paracuellos está construido en la cima de una montaña.



cibir estas impresiones de labios de camaradas de la U. G. T.; por eso pudimos apreciar la inmensa armonía a que han llegado todos los campesinos de Belvis de Jarama. Vosotros no necesitáis estímulos. ¡Adelante!

A MADRID, QUE ES TARDE

De vuelta quisimos parar unos momentos en Paracuellos, y en un buen «Peugeot», al

Vimos al «Patarrago», compañero de Organización; le leímos los informes que nos habían proporcionado los trabajadores de la U. G. T., y por todo comentario dijo:

—Todo eso que os han dicho es cierto; yo lo afirmo.

Y... a Madrid rápidamente. El coche anda bien y aun llegamos a tiempo para tomar café.



vinos - aceites

NOTAS VITICOLAS

PLANTACION DE CEPAS AMERICANAS

II

Preparación del terreno.—Sin buena preparación del terreno no puede hacerse buena viña, y, sobre todo, de duración, ya que para lograrlo precisa dar a las raíces suelo bien labrado y mullido, pues es así como adquieren vigor y desarrollo para resistir los ataques filoxéricos, la sequía y dar abundante producción. De ahí la conveniencia del desfonde a una profundidad de 50-60 centímetros, siempre que las condiciones del terreno lo permitan; al desfondar, como decimos, hay que tener presente la naturaleza del suelo y del subsuelo, pues si éste y aquél son iguales (tierras de fondo), no importa mezclarlos, y también cuando son distintos y se vea que la mezcla puede mejorar las condiciones del terreno, como por ejemplo, un suelo arcilloso y un subsuelo calizo; suelo arenoso y subsuelo arcilloso, etcétera. Pero si las características del suelo y subsuelo no se prestan a esa mejora por demasiado arcillosos, calizos, etc., entonces, si se desfonda, no se mezclarán el suelo con el subsuelo; solamente se removerán, dando una labor al suelo y removiendo el subsuelo con un arado topo o sin vertedera.

El ideal sería destinar a viña nueva los terrenos de los otros cultivos, pero como esto es una excepción, por ser éstos, en general, terrenos de vega, o, al menos, los mejores de la explotación, recomendamos que después del arranque de la viña filoxera se deje descansar el terreno, dejándole de erial o en barbecho y cereal o leguminosas, desfondándole después y dejando transcurrir algún tiempo entre el desfonde y la plantación, para que se asiente y meteorice, evitándose así el venteo de las raíces y mal prendimiento del barbadillo o injerto.

Cuando no se haga desfonde, se abrirán zanjias u hoyos, no escatimando las dimensiones, que serán para aquellas de 70 a 80 centímetros de anchura y 50 de profundidad, y para éstos, 80 centímetros de lado y 50 ó 60 de profundidad.

Estas operaciones de preparación del terreno deben hacerse cuando éste tenga buen tempero, pues así resultarán más económicas, sobre todo en las tierras fuertes, por esto ha de ser buena época, después de las primeras lluvias otoñales, a la terminación de la siembra, con lo que se aprovecharán los buenos efectos de las aguas y hielos próximos.

Preparación de la planta.—La planta debe adquirirse según se arranca del vivero, con sus raíces y brotes, pues así el viticultor podrá formar mejor juicio de su bondad y a veces llegar a identificar el híbrido.

Si es barbadillo, ha de tener buen brote y bien agostado, y en su yema extrema inferior, raíces sanas, frescas y bien desarrolladas; y si es planta injerto, además de buenas raíces y brote agostados, buena soldadura, perfecta y lignificada.

Si la plantación se hace a barrón, se prepara la planta, dejando las raíces de su yema inferior con 4 ó 5 centímetros de longitud, suprimiendo las demás del tallo; y si la plantación se hace en hoyos o zanjias, análogamente, pero recortando dichas raíces para que queden unos 10 centímetros de largas. En todos los casos se quitarán todos los brotes, menos uno, que será el mejor conformado o el más vigoroso, podándole a una yema y dejándole un poco de tacón para evitar su desecación. Los brotes que se quitan no deben apurarse, con el fin de reservar la yema del casco o casquera.

Plantación.—Debe hacerse temprana, sobre todo, en los climas secos, últimos de diciembre o enero, y así la tierra tendrá buen tempero o sazón, y la planta irá en mejores condiciones de prendimiento o arraigo, procurando plantar inmediatamente de arrancada la planta del vivero, para evitar su venteo y desecación de las raíces. Si no pudiera hacerse la plantación en seguida, conviene conservar la planta en locales a cubierto del aire, estratificada en tierra suelta o arena húmedas, o también, si no ha sido estratificada, tenerla en agua—al ser posible, corriente—, veinticuatro o treinta y seis horas, antes de su plantación.

Al plantar, bien sea a barrón (terrenos desfondados), o en hoyos, ha de quedar el barbadillo metido en tierra hasta el punto de arranque o brote, más bajo de su brotación, pues es sobre esta madera sobre la que ha de ejecutarse el injerto y conviene su buen desarrollo; y si es planta injerto, se cuidará de que el punto de soldadura del injerto quede al nivel de tierra, a ras de tierra. Tanto en un caso como en otro, se procurará comprimir bien la tierra contra las raíces, para evitar su venteo y mal prendimiento o arraigo, para lo cual si se hace la plantación a barrón, se atacuñará bien con un palo (atacuñador), echando poco a poco tierra de la superficie, pulverizada y a buen tempero, atacuñando cada vez que se eche tierra hasta acabar de llenar el agujero, y se aporca. Si la plantación se hace en hoyos, se pone el barbadillo o injerto en el hoyo, y sujetándolo con la mano derecha, con la azada se va echando tierra de la superficie hasta cubrir las raíces; se comprime esa tierra dando unos golpes de plano con la azada, se vuelve a volcar más tierra comprimiéndola nuevamente; y se acaba de llenar el hoyo, comprimiendo de vez en cuando la tierra que se le va echando, y se aporca, procurando dar suficiente base al aporcado para su mayor duración, y la altura conveniente para que no impida la salida del brote, pero tampoco que deje éste al descubierto, bien al asentarse o por aires, lluvias, etc., más bajos en los terrenos fuertes que en los sueltos, pues a veces en aquellos, al apretarse la tierra del aporcado, por condiciones climatológicas, impide la salida del brote, y esto ha de vigilarse para ayudar esa salida, lo que se hace con cuidado, deshaciendo esa costra o el aporcado, para lo cual se rascará éste por sus lados, nunca por encima, hasta descubrir el brote, aporcando seguidamente con cuidado para no desprenderlo, o también dando al aporcado primitivo; si el terreno no está muy apretado, dos o tres golpes de azadón en sus costados y en su base, para resquebrajarle.

Ha de procurarse también que el barbadillo o injerto queden en el centro del aporcado, pues si se deja a un lado, corre el peligro de ser pisado o arrastrado por el arado, herirle o cortarle con el azadón si precisa hacer la operación de ayudarlo o también quedar al descubierto antes de tiempo y perderse por acción de los hielos, etc. Para ello, al aporcar el obrero, debe ir girando tomando como centro o eje el barbadillo o injerto, y así, echando la tierra con el azadón sobre el vértice del cono, que se va formando, es como queda igual centrado en su aporcado, pasando después suavemente la mano por el vértice para disminuir un tanto, es decir, para achatar un poco el aporcado.

Hay que tener presente que el barbadillo o injerto debe estar bien agostado, y en su yema extrema inferior, raíces sanas, frescas y bien desarrolladas; y si es planta injerto, además de buenas raíces y brote agostados, buena soldadura, perfecta y lignificada.

Si la plantación se hace a barrón, se prepara la planta, dejando las raíces de su yema inferior con 4 ó 5 centímetros de longitud, suprimiendo las demás del tallo; y si la plantación se hace en hoyos o zanjias, análogamente, pero recortando dichas raíces para que queden unos 10 centímetros de largas. En todos los casos se quitarán todos los brotes, menos uno, que será el mejor conformado o el más vigoroso, podándole a una yema y dejándole un poco de tacón para evitar su desecación. Los brotes que se quitan no deben apurarse, con el fin de reservar la yema del casco o casquera.

INDUSTRIAS AGRICOLAS

LA DEL ACEITE

I

Las industrias, en general, pueden ser extractivas, de transformación y de transportes. La industria agrícola participa de estas tres clases: la extractiva, que corresponde por completo al agricultor; la de transformación de productos, cuyo desarrollo se debe a la técnica industrial, y que el constante progreso de ésta ha hecho que vaya aumentando su importancia de día en día, y la de transportes, como poderoso auxiliar de las precedentes, ya que los grandes centros de consumo de los productos agrícolas manufacturados (aceite, vino, queso, manteca, etc.), se hallan forzosamente separados de los de producción.

Al referirnos a industrias agrícolas, nosotros lo hacemos dando a la palabra industria su verdadera acepción, o sea, la de transformación de productos y aprovechamiento de subproductos.

Hay productos de la tierra que no necesitan ser manufacturados; tales son forrajes, verduras, etc.; hay otros a los que esta transformación de más valor comercial; este es el caso de las aceitunas, uvas, etc., y por último hay productos que requieren forzosamente esta transformación, como por ejemplo, el esparto, cáñamo, trigo, etc., de los que se derivan múltiples industrias.

Entre las industrias de transformación rurales de España se destaca entre los que ocupan lugar preeminente, la del aceite de oliva, ya que como se sabe, nuestro país solamente produce la tercera parte de la producción mundial. A ésta sigue en importancia la vinícola, debido a que la viña se cultiva en casi todas las regiones de España. La industria azucarera, también de gran importancia, como también los derivados de la leche, que debido a la racionalización de los métodos ha adquirido un gran desarrollo. Otras como las textiles, industrias menores zoológicas, etc., también han adquirido gran importancia.

A pesar de todo esto la industria de trans-

formación agrícola no está a la altura de las posibilidades de nuestro campo.

La industria aceitera es de las más perfeccionadas de nuestro país, aunque en algunas comarcas se hace todavía de un modo rudimentario.

Por su importancia, esta industria debería ser considerada con más atención, por se una de nuestras mayores riquezas y uno de los puntales de nuestra economía, a causa de su gran consumo como producto alimenticio y a sus múltiples que tiene y más que podría llegar a tener.

Este aceite es la grasa que se obtiene principalmente del pericarpio de los frutos de las olivas, «*Olea europea sativa*». Algunos aceites contienen, como regla general, aceite del hueso.

Cuando este aceite está puro y libre de materias vegetales extrañas, se compone, casi exclusivamente, de glicéridos, o sea, de compuestos de ácidos grasos y glicerina. Siendo las principales la oleína y palmitina y pequeñas cantidades de estearina.

Los aceites frescos y de buena calidad no tienen, prácticamente, ácidos grasos libres, pero los viejos y de mala calidad o que se han extraído de aceitunas averiadas, los tienen en menor cantidad y son producidos por la hidrólisis de los glicéridos neutros a causa de la acción de las encimas.

Desde el punto de vista vitamínico, este aceite, como sucede generalmente con los demás aceites vegetales, tiene una actividad vitamínica muy pequeña; sin embargo, por experimentos realizados en 1926, se ha descubierto la presencia de la vitamina A., o del crecimiento, también mediante un tratamiento adecuado con luz ultravioleta puede desarrollarse la vitamina D. o antirraquímica.

Como es natural, la primera materia influye en la calidad del aceite, y de la fabricación del mismo nos ocuparemos en otros artículos, así como las aplicaciones industriales de subproductos.

POSTAL DE LEVANTE

Han sido entregadas al presidente del Consejo las conclusiones aprobadas en el reciente Congreso celebrado por el Secretariado Provincial de Trabajadores de la Tierra.

La unidad de todos los antifascistas es la consigna del día; pero esta consigna necesariamente tiene que producir sus recelos en tanto la actuación de muchos que dicen anhelarla no sea rectificada. De nada servirán manifestaciones públicas en la tribuna y en la Prensa si en la obscuridad anda el navajero.

La terrible persecución por los agentes que hacen el servicio de vigilancia y control de la circulación por carreteras en las entradas de Valencia contra los coches han hecho popular la plaza Roja. Estos agentes del orden, dando una interpretación caprichosa a las disposiciones dadas por el Gobierno, coche que se le antoja, y sobre todo si la documentación personal de los que en él viajan es de determinada filiación, coche que va con sus dueños a esa hermosa plaza, y, claro, los usufructuarios ya se

pueden despedir de él; el pobre vehículo tiene que sufrir encarcelado el delito de transportar ciudadanos de los menos y de los peores.

Los trabajadores de Levante han visto con disgusto las manifestaciones hechas el domingo, en el mitin del Monumental, por el camarada secretario de la Ejecutiva BIS de la U. G. T. Después de lo que ha hablado de un cambio de política no se puede decir que las Organizaciones obreras no deban intervenir en el Gobierno del país.

Se corre el rumor de que se va a trasladar. Razones habrá para ello, aunque nuestra corta inteligencia no las vea, en política siempre hay sorpresas y hasta dan lugar a equivocaciones muchas veces.

BLASCO

VISADO POR
LA CENSURA

Leed ¡CAMPO LIBRE!

CULTIVO DE LA SOJA

La planta de que nos vamos a ocupar es procedente del Japón y China, donde se cultiva desde los tiempos más remotos.

Sus nombres científicos son: *Glicinia hispida*, Monch y Soja (Linneo). Se conoce con los nombres vulgares de Soya y Soja.

La soja es una leguminosa de tallos erguidos, que llegan hasta un metro cincuenta de altura, si se cultiva regularmente. Son numerosísimas sus hojas alternas. Compuestas, trifoliadas, peciolo de 0,10 a 0,20 centímetros. Las flores son pequeñas, de color variado, de lila o violeta, tirando a obscuro. El cáliz gamosépalo, de cinco divisiones terminales corolapapilionácea. El ovario unilocular, tiene de tres a cinco óvulos. Las vainas son vellosas, de cuatro a cinco centímetros de largas por dos o tres centímetros de anchas, donde está alojado el fruto, que suelen ser cuatro o cinco granos separados unos de otros en la misma forma que las judías.

Los granos son de color variable: verde, amarillo, rojo-pardo, negro o de varios colores, siendo su forma redonda y oval, de cuatro a siete milímetros de diámetro, muy parecido a los guisantes.

Especies y variedades.

Son muchas las conocidas; nosotros nos ocuparemos solamente de aquellas que puedan adaptarse al clima y suelo de nuestra región, puesto que de ello depende mucho la finalidad que se persigue.

Las variedades tempranas indicadas para nuestra región y norte de España, son: Manchú, propia para extraer el aceite; Harbinsoy, para forraje y aceite; Dunfield, para harinas; Illien, para aceite, y de Polonia, para azúcar y otros usos iniciales.

Clima.

La soja es una planta que puede cultivarse con mayor extensión en casi todos los climas, desde los más fríos a los más templados. Con todo, para su bien desarrollo exige, durante el período vegetativo una temperatura de 2.500 a 3.000 grados centígrados, y no prospera bien en donde la temperatura media sea inferior a 12 grados centígrados.

Es planta que soporta bien las prolongadas sequías y el exceso de humedad, de donde se deduce que su cultivo no tiene gran riesgo, si añadimos que la remuneración es excelente para el labrador, no cabe duda que en poco tiempo adquirirá gran desarrollo en nuestra región y en toda España.

Terrenos.

Los mejores para la soja, son: los ricos y frescos, de modo que no debe sembrarse en terrenos arcillosos y por su naturalza muy compactos, que forman una pasta blanda cuando se mojan y se pone muy dura cuando le ha dado el sol; en esta clase de terrenos, la soja se desarrollaría muy poco y acabaría por dar escaso producto, aunque se abonara bien.

Podrá cultivarse en tierras fuertes, cuando en éstas abundan mucho el Humus, el cual disgrega las moléculas terrosas, facilitando así la permeabilidad, con lo que se extenderán bien las raíces.

En general, la soja prefiere los terrenos ligeros y permeables, porque son los más aptos para calentarse. Si escasea la humedad, será mejor en terreno que sea más a propósito para conservarla.

Abonos.

Es difícilísimo dar fórmula alguna, porque nos expondríamos a incurrir en grandes errores, siempre deplorables, pero que en este caso aumentarían nuestra responsabilidad, por tratarse de un cultivo nuevo que queremos ensayar en nuestra región, pero con la prudencia agronómica necesaria.

Si la soja se cultiva para grano, hay que elegir una variedad, si se cultiva para forraje, hay que elegir otra, y si se cultiva para usos industriales, otra. Los terrenos, aun dentro de una comarca, tampoco son iguales, y aunque los abonos, en general, son a base de estos fertilizantes: ácido fos-

nico, nitrógeno y potasio. Hay que conocer todos los antecedentes para poder determinar la dosis necesaria para cada caso. Así es que lo más acertado es que en cada ensayo se nos consulte, y sobre el terreno, estudiarlo, con lo que se lleva la garantía de no fracasar en el cultivo.

Preparación del terreno.

Entre los factores de producción de la soja, uno de los más importantes es, que el terreno esté bien mullido para que las raíces puedan profundizar sin obstáculos por todas partes, pues a la vez que mantendrán la planta robusta, asimilarán con más abundancia los principios fertilizantes. Pero el terreno que ha sido ocupado hasta el tiempo de la siembra de la soja con algunas leguminosas, no se halla en condiciones, y de aquí la necesidad de procurárselas con una o dos labores apropiadas de arado de vertedera que profundice cuanto más mejor, si el suelo lo permite. Si se levantan terrones, convendrá pasarle un rodillo para pulverizarlos; después debe dársele otra labor de arado cruzada con la anterior y menos profunda. Y ya en estas condiciones, conservar el terreno limpio de hierbas y bien mullido, con pase de gradas hasta la

Siembra.

Para la siembra debe escogerse la semilla que sea más gruesa y sana, desechando todos los granos defectuosos y raquíticos. No se olvide el labrador que una buena selección influye mucho más de lo que puede suponerse en el resultado de la cosecha.

Debe sembrarse en líneas que disten unas de otras de 65 a 75 centímetros, y de 30 a 35 centímetros entre plantas, según el terreno, calculando de 75 a 95 kilos de semilla por hectárea.

La siembra en pequeña escala podrá hacerse a mano, con estaca o escardillo. También puede hacerse con el arado; lo más importante es que a cada golpe se depositen de cuatro a cinco semillas a una profundidad de cinco a seis centímetros.

Lo mejor sería emplear una máquina sembradora, que las hay pequeñas, de una caballería, económicas y prácticas.

Cuando se cultiva para forraje, se divide el terreno en canteros, y la siembra se hará el voleo cargando un poco más de semilla, se puede pasar también la grada hasta que la planta tenga de diez a doce centímetros de altura. Está comprobado que la semilla de la siembra a voleo la producción de heno es mayor y menor la hojarasca.

Cuidados culturales.

Si el tiempo le es favorable, la semilla germina en seis u ocho días, y en cuanto la planta tenga tres o cuatro hojas, se procederá a aclarar la siembra, dejando un solo golpe en cada planta. Si están tempero, se procederá a la primera cava, que puede hacerse con azada, a brazo o con cultivadores americanos, ahora que es operación sumamente delicada, porque los pequeños tallos están tan tiernos, que se rompen con gran facilidad; por esto es preferible hacer primero la escarda y después aclarar la siembra. Las escardas deben continuarse hasta que empiece la floración. Lo indispensable es mantener el suelo limpio siempre de malas hierbas.

La soja puede asociarse con otras plantas, como maíz mijo, perifollo silvestre, etc., etcétera. Tiene la ventaja de la mezcla, la mejor distribución de los alimentos y mayor crecimiento y producción que cuando va sola. La combinación con el maíz va en aumento por dar excelentes resultados.

La floración empieza, según los climas, desde primero de julio hasta primero de septiembre. Al aparecer las primeras vainas, puede segarse si es para forraje, que como todas las plantas, están tiernos en este período.

Si se quiere ensilar, hay que dejarla secar algunos días. También puede henificarse; de ambas formas el ganado la come con avidez.

Recolección.

El color amarillento de las hojas y la caída de los granos, el mismo que aquellos

CHARLAS CAMPESINAS



En los pueblos, en este tiempo en que el sol acaricia y en los ratos de solaz las solanas están siempre concurridas, no por desocupados, como antaño, sino por los que buscan un rato de descanso en las tareas de la mañana.

Algunos viejos, la chiquillería que juega alrededor de las faldas de las madres, y muchas mujeres que continúan tan metidas como antes de la guerra.

El paisaje es el de cualquier pueblo de la provincia madrileña. La acción ha ocurrido en uno concreto, pero no queremos pecar de indiscretos.

Todos los pueblos son iguales, y las solanas de ellos también lo son.

Un paredón viejo y cara al sol, y mucha luz de cielo azul.

Apenas hacía unas horas que habíamos explicado a los campesinos qué son los Consejos de Economía, y ya eran motivo de comadreo.

Una vieja, con un tanto cara de bruja, predicaba:

—Esta gente se trae cada día nuevas canciones: que si colectividades, que si pitos, que si flautas, y de repente, cuando creíamos que estaba ya todo hecho, que no quedaba santo por remover, nos vienen con no sé qué asunto que llaman Consejos de Economía. ¡Qué ganas tienen de matar moscas con el rabo!

Entre los circunstantes había una campesina joven, unos veinte años escasos, y madre, que daba el pecho a su retoño, y escuchaba. En ese momento cortó el monólogo de la vieja.

—Pero, ¿qué hablas?

—Nada; que mi Juan me ha dado hoy la comida explicándome lo que han dicho los que vinieron esta mañana.

—¡Qué ganas tenéis de hablar de lo que no sabéis!

—¡Vaya! Tú todo lo sabes. Mira si sabes, que a tus años tienes el rorro colgado de la teta.

—¡Pa chasco, que no sacaras ahora ese cuento! ¡Bueno! ¿Y qué tiene que ver el rorro y la teta con los Consejos de Economía?

—No; nada. Pero..., es que tienes cada salida.

—¿Y qué te ha dicho tu Juan de los Consejos?

—¡Qué va a decir, si tiene la mollera más dura del pueblo! Dice que decían, los que han venido, que había que ordenar o coorrr..., no sé qué palabra rara. No; si

a este paso acabaremos por reformar el idioma.

—Déjate de comentarios. Diría coordinar.

—Eso; coordinar. Pues dijo que decían que había que coordinar la Economía. No, estos muchachos ya valen para predicadores.

—No puedes hablar dos palabras seguidas sin hacer un comentario.

—Pues... que había que coordinar la Economía para ayudarnos los unos a los otros; que había Colectividades pobres y no sé qué más, porque mi Juan no se enteró del todo. Ya le conocéis. Pero lo que a mí se me ocurre es que estamos nosotros para que nos ayuden y no para ayudar.

—Ya se ve que tienes un marido bruto, y no te explicó las cosas bien. Los Consejos de Economía sirven para regularizar y distribuir la producción. Tú, fíjate que nosotros no estamos solos y que hay muchos pueblos más; que nosotros no producimos todas las cosas que necesitamos y precisamos que nos las traigan de donde se producen.

—Eso pasaba antes, y ya teníamos aquí de todas las cosas. De eso se encargaba el tendero. ¡Su cuenta le tenía! ¡Qué gana de transformarlo todo!

—Sí, sí; pero antes no había Colectividades. Y bastante saldríamos ganando con que hagan y deshagan a su capricho los tenderos.

—Mira, yo no acabo de entender todo ese lío.

—Ni lo entenderás nunca; ya eres vieja y no hay quien os haga entrar estas cosas en la mollera.

—Pues..., no digas; Epifanio, el tendero, no es mala persona.

—Yo no he dicho nunca eso, ni se trata de saber de la honradez de nadie; pero es que el colectivismo requiere, para que podamos vivir bien, una distribución ordenada, con un plan general. Y eso no se puede dejar a la voluntad de nadie.

—Pero los que forman el Consejo ¿no van a hacer lo que quieran?

—¡Claro que no! Para eso se les nombran asambleas, y a la primera pifia se les echa, y en paz.

—Todo lo resolvéis echando a la gente.

—A la que no sabe comportarse y abusa de la confianza.

Como es natural, cada una se marchó por su sitio sin haber variado de opinión: la una era vieja, y hasta creo que impertinente; la otra era joven, unos veinte años y madre de un rorro.

que sirvieron para la siembra, indica que puede verificarse la recolección, que suele hacerse en fin de septiembre y todo el mes de octubre.

Debe hacerse la siega con la hoz o con segadora-atadora, que evita mucho el desgrane, teniendo siempre las cuchillas muy bien afiladas. También puede hacerse con segadora agavilladora, pero en este caso hay que adelantarse un poco a segarla, porque nos expondríamos a que con golpes fuertes que dan las aspás hubiera mucho desgranamiento.

En América del Norte, donde se cultiva esta planta en gran escala, como forrajera y para infinidad de aplicaciones industriales, han construido máquinas cosechadoras especiales para este objeto, que son muy útiles y que en su día también nosotros podremos emplear.

Producción.

Es muy variable una cosecha en nuestra región, que de 25 a 35 hl. de granos por hectárea, va de una buena remuneración al labrador; esto en cultivo de secano; en regadío, aumenta la producción considerablemente.

Aplicaciones de la soja.

Alimento para la Humanidad, alimento para el ganado, planta industrial de cualidades especiales, tales para la dibética de niños o diabéticos, la soja ofrece un nuevo ingreso para nuestra agricultura, por sus variadísimas aplicaciones industriales, que ya hablaremos de ellas otro día.

Enemigos.

Hasta ahora no los tiene; si se presentan, ya estudiaremos la forma de combatirlos.

Madrid, octubre de 1937.

TIPOS DE CASTILLA

P
U
E
B
L
O
S



C
A
S
T
E
L
L
A
N
O
S

EL BOTICARIO DE PUEBLO

Los pueblos de Castilla permanecen quietos. Apenas llegan a ellos ni estas grandes fiebres nacionales. Es algo incomprensible como y cuando llegaron donde están. Tal vez, y aunque sea una herejía histórica, yo estoy dispuesto a creer, y a afirmar que surgieron como son, sin más ratimagos progresistas.

Paredes blancas o grises, medio derrumbadas; pero jamás llegarán a caer. Columnas en rudimento y de madera carcomida, pero suficientes para sujetar las galerías de plazas asoportadas.

Los paredones nunca fueron nuevos; los «tentempiés», tampoco; y la silueta de la torre fué siempre sinuosa.

Pero los pueblos han sido muy pocas veces comprendidos. Alguien les ha visto como lastre regresivo. Y yo diría que no puede regresar quien nunca fué.

Progreso y regreso son términos urbanos.

En los pueblos, estos conceptos no tienen ningún sentido.

Los pueblos de Castilla nacieron viejos, como ese boticario que no tuvo nunca niñez ni juventud. Fué siempre un boticario viejo, embutido en bufanda de flecos, que le pesa hasta hacerle encorvar.

Farmacéutico, decimos por aquí, donde el progreso puede tener algún sentido, si es que lo tiene. Boticario, dicen ellos, y boticario es, aunque juega al tresillo y sabe más latín que todos los farmacéuticos juntos.

Cuando surgió de la nada, y de repente, el pueblo de Castilla nació con boticario viejo y latinista. Pero los pueblos son una situación del hombre, y una situación definitiva, que eso es civilización.

Quien crea que las ciudades con sus farmacéuticos son más civilizadas que los pueblos de boticarios, no sabe que es civilización, ciudad, ni pueblo.

Y el misterio es entender como los pueblos son lo que son hoy; porque los pueblos no han tenido metamorfosis, no se deben a evolución ni cosa que lo valga. Los pueblos y boticarios son la manifestación real de la generación espontánea. Y los boticarios nacieron boticarios; nunca fueron a Universidad ni escuela especial alguna.

Por eso no miran; ven simplemente. Pero todo a través de una pátina de cielo azul, grises de nubes y ocre de tierra.

Boticarios, maestros, registradores, barberos, hidalgos de los pueblos, pueblos mismos, no pertenecéis a épocas pasadas, como algunos dicen. En todo tiempo érais anteriores al tiempo que era actual. Anteriores y posteriores.

Estoy cierto que el siglo XVI miró a los hidalgos como reliquias de tiempos pasados. Y es que entonces las paredes de los pueblos de Castilla ya estaban abombadas, des-

conchadas; la torre, su silueta, era sinuosa, y las columnas de los soportales, de madera carcomida.

¡Pueblos de Castilla!, ¿cuál es vuestro tiempo?

Puede ser que tengan razón los que os niegan civilización, porque eso es cosa humana; y vosotros casi sois naturaleza. Y naturaleza muerta, como bodegones de pintor, por eso sois eternamente igual.

Yo recuerdo el mío, el de los días de mi niñez, y sigue donde estaba. De ahí no se moverá nunca. Yo moriré y el pueblo permanecerá. Durará.

Sin embargo, lo que hoy llamamos nuestra civilización, caerá también.

En el devenir, que dicen los franceses, de lo histórico, aparece envuelto en historia algo que sigue siendo como era antes. Algo que permanece: ¡boticarios, maestros, registradores, maeses y bachilleres! ¿Qué sois? ¿Sois historia?

¿Qué es lo histórico?

En los pueblos, cosa de hombres, quedan muchas cosas, con un quedar humano, si queréis, pero quedan.

¿No serán estas cosas invasión de Naturaleza en lo humano?

Yo no me atrevo ya a afirmar nada. Veo morir todo, y veo sobrevivir algunas cosas.

Sobrevivir, que es vivir siempre.

¿No tendremos los hombres un afán de vida que no tiene nada que ver con la vida humana?

Los pueblos de boticarios, a fuerza de quedar, venciendo la muerte, acaban por hacernos creer que no son moradas de hombres.

SAN ANDRES

La Revolución ha de tener muy en cuenta el carácter genuino de cada pueblo. Eso que sigue siendo igual que ayer, pese a todos los cambios políticos y sociales.